

# Discurso Conclusivo del Presidente del Departamento de Vocaciones y Ministerios del CELAM

Juan Francisco Fresno Larraín  
Arzobispo de Santiago y  
Presidente del DEVYM del CELAM

Queridos hermanos:

Con alegría les dirijo estas pocas palabras. ¿Cómo no tenerla cuando veo en ustedes los representantes y cabezas de esos equipos de sacerdotes que están dando lo mejor de sí mismos, para plasmar el corazón de Cristo Maestro, Sacerdote, Pastor en los corazones de sus seminaristas?

Tanto los documentos emanados de la Santa Sede "como los Documentos de Medellín y Puebla, de los Obispos de sus propios países, o los consejos y orientaciones pastorales de quien los preside en el nombre de Cristo en la Iglesia particular, han delineado de muchas formas y en diversas oportunidades esa hermosa tarea. Todo este rico material y el aporte de vuestra experiencia nos ha permitido reflexionar en estos días del Congreso con gran provecho personal y eclesial.

Quisiera solamente llamar vuestra atención como formadores hacia unos puntos que han surgido como motivo de particular interés y preocupación de vuestras respuestas al instrumento de trabajo propuesto por la directiva de este Congreso. Puntos que les propongo ahora para una ulterior y más profunda meditación, de la cual puedan surgir quizás líneas o medidas de mejor formación en los Seminarios.

1. El sacerdote aparece hoy más que nunca, como un evangelizador y *educador de la fe*. Pareciera que, junto con ser la catequesis en sus diversas formas, uno de los caminos que más ha contribuido a la formación de la comunidad cristiana y el compromiso del laicado con la misión de la Iglesia en el mundo, sin embargo, la formación de nuestros dirigentes y ministros deja mucho qué desear en su profundidad.

Uno no puede dejar de preguntarse: ¿Los pastores, son hombres capacitados para ser pedagogos de Cristo? ¿Dan el tiempo suficiente para la formación de su grey, o solo se limitan a la expresión de su fe y a una predicación más o menos rutinaria y formal? ¿Penetran la cultura de la gente que les ha sido encomendada o evangelizan epidérmicamente y casi como un barniz, según el decir de Pablo VI? ¿Dan preferencia al contacto profundo con las personas que conforman sus comunidades, particularmente sus ministros? Su lenguaje y esquemas mentales ¿son prestados de otros continentes y situaciones, o han surgido de la intimidad diaria con sus feligreses y del discernimiento de los signos de los tiempos?

Esas y muchas otras preguntas surgen al echar un vistazo a la importancia que se da a la catequesis en la formación del sacerdote, que reflejan las mismas respuestas.

Y, entonces, pienso en los Seminarios y en los formadores frente a este punto; en una formación adecuada a su futuro rol pastoral; en el esfuerzo del seminarista por traducir los conceptos escriturísticos o magisteriales en un lenguaje sencillo y adecuado, que llegue, no sólo a la inteligencia, sino también apunte al corazón y motive el testimonio y la acción cristianos. Pudiera ser que estuviéramos formando un buen ministro, pero carente de esa condición que es sustrato del ministerio: la de ser discípulo del Señor. Alguien que, por eso, jamás habla de su Señor o de las cosas de su Señor, como de memoria. Por el contrario, cuán diversa es la enseñanza sencilla, flexible, al alcance de los pobres y niños que surge, no sólo de la boca sino del corazón de quien la tiene como proyecto personal de vida.

¡Qué difícil ser pedagogo si no hay una formación integral de una persona que vive lo que predica! Más allá aún del conocimiento adecuado y suficiente de las técnicas modernas para la trasmisión del mensaje... Alguien que hable casi como explicando su propio proceso de fe, para que, junto a la verdad aceptada, el que la oiga vibre también con el anhelo de ser como el que la anuncia con su vida misma.

2. Un gran rasgo del clero latinoamericano parece ser su amor por los pobres, necesitados y oprimidos. Bendecimos al Señor por ello, porque es un sello de su misericordia, al que es tan sensible nuestro pueblo sencillo. El amor a los pobres siempre reflejará el rostro de Dios y garantizará el testimonio de su universalidad, la de quien hace caer la lluvia sobre buenos y malos y hace salir el sol sobre justos y pecadores. Aprender a mirar la vida a partir de los pobres, con el gran ideal de contribuir a su integración al banquete de la vida, rehaciendo la justicia social herida, es descubrir también que existe el pecado social, a causa del cual muchísimos pobres son tales porque han sido empobrecidos por otros. Esto también debe aprenderse en el Seminario, escuela del discipulado de Cristo.

Sin embargo, este amor tan evangélico muchas veces es hecho objeto de una excesiva intelectualización. Se teoriza con la situación de los pobres y, ¿por qué no decirlo? también a veces se ideologiza la fe. Por esto es que muchas veces encontramos sacerdotes desesperanzados, casi amargados, unilateralmente preocupados del pecado social instalado en las estructuras injustas, a veces con rabia y sumidos en un activismo social que poco tiempo les deja para otras labores pastorales, o para acompañar al Maestro y Señor en la oración.

Este amor a los pobres tiene que ir acompañado de una pobreza personal, en el sentido más profundo que podamos darle al término. Aquella que nos hace despojarnos de nuestros legítimos derechos para tomar la forma de servidor, llegar a asumir la cruz con los pobres. Hay

veces que, de otro modo, aparecemos enarbolando la causa de los pobres como una especie de nuevos patrones con esquemas prefabricados que ellos no entienden, sin bondad, sectarios, incapaces de ser auténticos liturgos de la religión y piedad populares.

Como Puebla lo ha hecho notar, con mucha frecuencia se han suprimido autoritariamente (¡y quizá a nombre de la liberación del pueblo!) formas de piedad popular sin razones valederas. Es indispensable que ya desde el Seminario tratemos de tener un espíritu que nos haga amar y comprender las formas populares de la fe cristiana, para purificarlas y llevarlas a su madurez evangélica. Respeto, cariño por los pobres y sencillos que se expresan conforme a sus elementos culturales propios; mentalidad contemplativa para encontrar allí, junto a aquello que haya que purificar o corregir, también las Semina Verbi. El estudio profundo de la historia y métodos de los primeros prisioneros es indispensable para descubrir esa humildad y delicadeza pastorales que hoy necesitamos con urgencia.

Como dice Puebla en el número 469, "Si la Iglesia no reinterpreta la religión del pueblo latinoamericano, se producirá un vacío que lo ocuparán las sectas, los mesianismos políticos secularizados, el consumismo que produce hastío y la indiferencia o el pansexualismo pagano. Nuevamente la Iglesia se enfrenta con el problema: lo que no se asume en Cristo, no es redimido y se constituye en un ídolo nuevo con malicia vieja".

3. En este tiempo privilegiado de alegría y esperanza en Jesús Resucitado, quisiera también poner de relieve nuestra condición de heraldos y mensajeros de buenas noticias y animadores de la fe de la Iglesia. Nuestro Continente está conformado por grandes masas de gente que cargan miles de pesadumbres e injusticias. Nosotros no podríamos aumentar esa carga con amarguras o falta de esperanza provenientes de un ministerio no llevado con alegría sino más bien arrastrado. No somos perdedores, sino vencedores con aquél que ha vencido toda forma de mal, incluida la muerte. La fe en él y la presencia de su espíritu en nuestros corazones también nos hacen descubrir la fuerza de la Resurrección que en múltiples formas germina en nuestro pueblo. El Santo Padre nos ha hablado recientemente acerca de esa misteriosa pedagogía pascual que procura transformar todo sufrimiento en una especie de aguijón que despierta creadoramente, y a impulsos de la gracia, nueva vida y esperanza. Este es "el Evangelio del sufrimiento" y constituye un arte difícil de aprender por su rudeza. Para hacerlo, se requiere de maestros que lo enseñan: esa es una de las tareas más urgentes y actuales del presbítero. El Señor nos haga alegres en nuestra esperanza; optimistas, más allá de cualquier oscuridad, y maestros en el arte liberador de cambiar los signos de muerte y de pecado en signos de resurrección.

Que María, que permaneció junto a la cruz y que alentó la esperanza en la comunidad de los discípulos, implore esa gracia para ustedes y los futuros pastores que han sido encomendados a su empeño de formadores.